

César Ayala y Rafael Bernabe.
Puerto Rico in the American Century.
Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2007.

FRANCISCO A. SCARANO

Departamento de Estudios Graduados en Historia
Universidad de Wisconsin en Madison

En este ambicioso y bien logrado libro, Rafael Bernabe y César Ayala presentan una interpretación del siglo XX puertorriqueño que incluye como elemento inseparable de ella el desarrollo de las comunidades puertorriqueñas en los Estados Unidos. El alcance temático es amplio, aunque los autores, de acuerdo con sus especialidades y disciplinas de investigación, ponen énfasis en la historia económica, política y cultural. La historia social no se cubre con igual extensión y, por esta razón, se echa de menos una discusión de cómo los amplios cambios políticos y económicos analizados tan agudamente por los autores afectaron a, o fueron alentados por, los sectores populares. No obstante, el libro ofrece la interpretación más compleja y original de la vida puertorriqueña durante el “siglo americano” que se haya logrado hasta ahora. Es, en este sentido, una joya.

Puerto Rico in the American Century ofrece al lector de lengua inglesa de comienzos del siglo XXI lo que el *Puerto Rico: libertad y poder en el Caribe* (1963) de Gordon Lewis brindó a un par de generaciones de la segunda mitad del siglo: un marco para entender las preguntas esenciales planteadas por la relación colonial de Puerto Rico con los Estados Unidos desde 1898, y herramientas conceptuales para descifrar las consecuencias económicas y sociales, a menudo inusitadas, del colonialismo. Permite ver, además, la mezcla creativa y compleja de resistencia y acomodo que han caracterizado, aunque en distintas modalidades a través del tiempo, las respuestas de los puertorriqueños a su condición colonial. Escrito, por lo general, en prosa accesible, *Puerto Rico in the American Century* se convertirá sin duda en un clásico instantáneo –un libro de cuya lectura se beneficiarán tanto el

público en general como los estudiantes interesados en la historia de todos los puertorriqueños en sus entornos caribeño, latinoamericano, norteamericano y mundial.

La originalidad de la obra emana principalmente de la feliz colaboración de dos estudiosos prominentes, que en estas páginas han dado con una fórmula para complementar sus talentos. Bernabe es uno de los historiadores más agudos de la política y la cultura en el siglo XX puertorriqueño. Entre sus trabajos más importantes se cuentan dos libros de autoría única —(*Respuestas al colonialismo en la política puertorriqueña, 1899-1929* (1996) y *La maldición de Pedreira* (2002)—, cuyas visiones acerca de los debates culturales y políticos de las primeras décadas del siglo han arado nuevos surcos interpretativos. Ayala, para su parte, es uno de los sociólogos históricos que mejor ha analizado a Puerto Rico en el contexto caribeño y mundial. Su libro, *American Sugar Kingdom: The Plantation Economy of the Spanish Caribbean, 1898-1934* (1999) es un estudio concienzudo y bien documentado de la industria azucarera caribeña en el “mediterráneo americano” entre la Guerra Hispanoamericana y las políticas de ajuste agrícola del Nuevo Trato.

Si Bernabe funde en un solo marco los debates culturales y la política de partidos y movimientos, Ayala, por su parte, no le teme a las preguntas grandes ni soslaya la interpretación que vincula lo local o particular con lo global. A ambas dimensiones se les da en el libro el trato deliberado y extenso que merecen. La obra consta de casi 350 páginas de texto y 50 de notas en 15 capítulos, la mayoría de los cuales cubren de forma separada la economía política o la historia política y cultural. Muchos de estos entretajan la historia de las comunidades boricuas en los Estados Unidos con la de Puerto Rico, de forma tan natural que no parecería tratarse de dos esferas a menudo separadas en la historiografía puertorriqueña. Las experiencias de los puertorriqueños a lo largo de la geografía del imperio y no la historia de Puerto Rico como sociedad o territorio es lo que ocupa el centro de atención.

La periodización del siglo XX se basa en un criterio nuevo —el vaivén cíclico de la de las economías estadounidense y mundial— aunque termina coincidiendo con las más convencionales, fundadas casi siempre en los grandes hitos de la historia política nacional. *Puerto Rico in the American Century* divide el siglo XX en dos épocas (antes y después de la Segunda Guerra Mundial) y cuatro fases económicas —dos de ellas de crecimiento y dos de declinación— por las que la Isla atraviesa durante “el siglo americano”. Una quinta fase (“el neoliberalismo global”), que es la que transcurre hoy día y aparece

diagramada en un cuadro muy útil en la Introducción, parecería no contarse entre las que encuadran el libro, aunque a ella se dedican los últimos dos capítulos. La correlación trazada entre los desarrollos políticos nacionales y las oscilaciones de mediano plazo en la economía internacional es ciertamente un planteamiento nuevo y excitante, aunque a veces, como en la Conclusión, se encubre en demasiados detalles técnicos. Una de las grandes aportaciones del libro, no obstante, es el planteamiento de que la historia de los puertorriqueños en la Isla y en la diáspora ha estado encuadrada y hasta condicionada por esos flujos y reflujos de la economía mundial capitalista. Estas oscilaciones también ayudan a explicar los cambios introducidos en la relación metrópoli-colonia después de la Segunda Guerra Mundial.

La articulación con la economía mundial por la vía de la estadounidense es sugerente. Pero, ¿qué decir de los grandes movimientos políticos? Pese a la óptica amplia que lo caracteriza, el libro no traza tan claramente las conexiones entre la historia puertorriqueña y el contexto *político* mayor, sobre todo el estadounidense. La explicación convencional del auge del estadoísmo desde la década de los cincuenta delata las oportunidades no aprovechadas cuando a los fenómenos políticos no se les deja respirar en grande, igual que se ha hecho con los económicos. Una correlación que pudo haberse explorado es cómo y por qué la curva ascendente del estadoísmo corre paralela al gran desarrollo del conservadurismo republicano en los Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial —el sismo que hizo surgir tres administraciones ultraconservadoras (la Reagan y de los dos Bush) a partir de 1980. Cabe pensar que el desarrollo de un estadoísmo conservador en Puerto Rico (y entre los puertorriqueños de la diáspora) recibió impulso de ese fenómeno, pero la posible articulación queda sin explorarse adecuadamente. Se alude a la creación de programas de bienestar durante la administración de Lyndon B. Johnson y a la extensión a Puerto Rico de algunos de ellos. Pero al giro de los votantes sureños hacia el Partido Republicano que dio al traste con la alianza demócrata de obreros industriales norteros y sureños blancos, y que subyace la formación de la Gran Sociedad de Johnson, no se le da el debido énfasis.

Para la mayoría de los períodos o fases reconocidos por Ayala y Bernabe hay capítulos individuales que abordan los sucesos político-culturales y los económicos. El libro guarda así una simetría interior que facilita la lectura. A este logro se suman los múltiples acápites temáticos en que está dividido cada capítulo, que permiten cubrir muchos temas sin que haya que articularlos forzosa o artificialmente

en el relato mismo. Dentro de dicha organización global las primeras tres décadas del siglo XX son objeto de las discusiones más cuidadosas y extensas, tal vez porque el material cubierto haya sido tratado en las monografías de los autores ya citadas. Al discurrir sobre las corrientes económicas y el enramado político e ideológico de comienzos de siglo, la prosa es ágil y elegante, mientras que la discusión de las principales figuras políticas y literarias de la época es novedosa y persuasiva. En estos capítulos iniciales el lector se pasea por un Puerto Rico recién colonizado por los Estados Unidos en el que, aunque los problemas son los de siempre —economía de plantación, americanización, régimen político de participación local restringida, etc.— la interpretación es absolutamente fresca y original. Además, las circunstancias, sobre todo las internas, que encuadran las corrientes económicas, políticas y culturales están bien delineadas. Si la historia, como ha dicho E.P. Thompson, es una disciplina de contextos, entonces los capítulos iniciales de *Puerto Rico in the American Century* son un ejemplo excepcional de cómo desempeñar el oficio de historiador para un público lector amplio, sin sacrificar la complejidad y sutileza del asunto tratado.

El libro sigue una línea cronológica, alrededor de la cual se ordenan temáticamente los quince capítulos. Cuando es preciso dar a ciertos temas un trasfondo histórico —tratándose, sobre todo, de la evolución cultural e intelectual— el relato se desvía brevemente hacia el siglo XIX y la organización cronológica se resiente un poco. Ello tal vez no le ocasione retos a los lectores más iniciados pero sí puede presentárselos a los menos iniciados en la historia nacional puertorriqueña. Por esto, pero sobre todo por el alto nivel teórico de algunas discusiones sobre la economía puertorriqueña en la segunda mitad del siglo XX, el profesor que asigne este libro a estudiantes de bachillerato (de Puerto Rico o Estados Unidos) tendrá que preparar el camino cuidadosamente, anticipando en sus conferencias las frustraciones que podrían sentir algunos estudiantes con el alto nivel teórico-conceptual y metodológico de la discusión. De la misma manera, en algunos de los capítulos en los que se discuten las corrientes culturales hay una cierta tendencia a la relación detallada y secuencial de autores y libros. Para los lectores de más alto nivel, esta estrategia puede tener el efecto beneficioso de refrescar la memoria y ordenar los conocimientos previos; pero a principiantes podría hacerles la lectura menos atractiva, y menos accesibles los planteamientos interpretativos de índole general.

El lector que busque la historia social ampliamente concebida no la encontrará en esta obra. Este es, en efecto, el punto más débil del libro. Ayala y Bernabe advierten desde el comienzo que para redactar una historia en la que destaquen las grandes tendencias económicas, políticas y culturales es preciso rebajar el perfil de la historia social. Señalan que la historia “de los sin historia” ha “nublado” las grandes tendencias y estructuras, y no ha permitido interpretar correctamente ciertas figuras importantes, como Rosendo Matienzo Cintrón, Nemesio Canales y Luis Lloréns Torres. Es lamentable que los autores definan la historia social como un quehacer dedicado únicamente al rescate de figuras del pueblo otrora olvidadas, como Luisa Capetillo, y no como una disciplina enfocada, en el caso puertorriqueño, en las formas en que los hombres y mujeres de los sectores populares han reivindicado sus derechos y, en diversos contextos, retado o consolidado los consensos coloniales, según sea el caso. Por el libro desfilan feministas de las épocas primera y segunda (las grandes épocas del siglo XX puertorriqueño, según los autores), pero no las mujeres por quienes demandan hablar. Vemos a agregados y a residentes de los residenciales públicos, pero solamente cuando son parte de la historia de la acción del Estado para aliviar la pobreza o combatir enfermedades. Raramente los vemos como gente que a diario enfrenta y brega con la pobreza y la destitución, así en la Isla como en las grandes metrópolis en los Estados Unidos. Asistimos a las medidas de control poblacional y leemos que la gestoría de las mujeres solía ser una espada de doble filo en la planificación familiar; pero no escuchamos a las mujeres decir porqué decidieron operarse —si tal vez tomaron la decisión en contra de los deseos expresos de maridos abusivos o engañadas por algún profesional de la salud inescrupuloso o por una campaña de control poblacional engañosa. Observamos el proceso de urbanización pero no cómo el crecimiento de pueblos y ciudades en los últimos sesenta años ha seguido fases distintas y trayectorias a menudo contradictorias, de manera que muchas áreas otrora rurales, vaciadas de sus habitantes originales en los años cincuenta y sesenta, se han convertido ahora en lugares de refugio donde las clases media y media-alta viven las fantasías campestres de los sectores suburbanos o “rururbanos” de las ciudades norteamericanas. Es una pena, en fin, que este gran libro privilegie la economía política, los movimientos políticos y los debates culturales *sin que a la misma vez* busque reflejar cómo la gente —aparte de un número amplio de escritores y eruditos sobresalientes— entendían su mundo y trataban de forjar su lugar en él. Estos dos propósitos no se contradicen, ni el uno “nubla” el otro.

De ningún modo reducen estos señalamientos, sin embargo, el alto valor intelectual y didáctico de la obra. Se trata, como he dicho ya, de una verdadera joya; un libro con cuyo esquema esencial tendrán que bregar los estudiosos del Puerto Rico contemporáneo de ahora en adelante, y de cuya articulación de la economía política y la cultura habrá mucho que debatir en foros y congresos en años venideros.